GINGER APE BOOKS&FILMS

ERNST D. KAISER

HISTORIA DE UN HOMICIDIO

TRADUCCIÓN A CARGO DE
TERESA RUIZ ROSAS

GINGER APE THOMPSON BOOKS&FILMS THOMPSON

HISTORIA DE UN HOMICIDIO

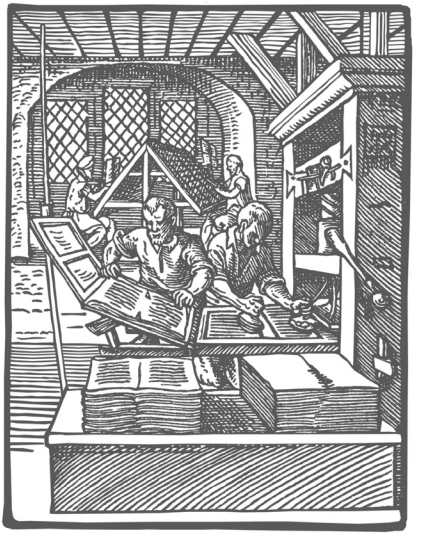
COLECCIÓN THOMPSON&THOMPSON

Ernst D. Kaiser

HISTORIA DE UN HOMICIDIO

✠✠✠✠

Traducción del alemán a cargo de
Teresa Ruiz Rosas



Ex libris.....

.....

GINGER APE BOOKS&FILMS

Esta obra ha sido cofinanciada por el Programa Europa Creativa de la Unión Europea (Support to Literary Translation Projects). Ha contado con una ayuda a la traducción del Instituto Goethe y una ayuda a la edición del Ministerio de Cultura y Deporte de España

Título original: *Die Geschichte eines Mordes*
Autor: Ernst David Kaiser
Traductora: Teresa Ruiz Rosa

Fotografía de cubiertas: William Mortensen, *Human Relations* (1932)

Agradecimiento especial a Natalia Velasco Urquiza, alumna del Máster en Traducción para el Mundo Editorial de la Universidad de Málaga

Colección: Thompson&Thompson
TT14-00027-A
Primera edición en Ginger Ape Books&Films: junio de 2023

De la edición original: Copyright © Ralf Liebe Verlag
De la traducción: copyright © Teresa Ruiz Rosas
De la presente edición: copyright © Ginger Ape Books&Films

© Copyright
No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

ISBN: 978-84-127257-9-7
Depósito Legal: AL 1676-2023
THEMA: FBA

GINGER APE BOOKS&FILMS, S. L.
www.gingerapebooks.com
www.facebook.com/gingerapebooks · www.twitter.com/gingerape

Agradecimientos

Del original:

El editor Ralf Liebe y el redactor Helmut Braun agradecen al Archivo de Literatura Alemana de Marbach el haber facilitado copias del manuscrito original y otorgado la autorización para la edición original de esta novela. Agradecen también de manera muy especial a Ingrid Bachér, quien tuvo a su cargo una exhaustiva edición de mesa para esta publicación.

De la traducción:

La edición del presente libro es un hecho (impreso) en gran medida gracias al empeño de Teresa Ruiz Rosas, quien nos puso tras la pista del mismo y se ofreció a traducirlo. Nosotros, que aún nos preguntamos ¿quién mató a Walter Benjamin?, *no pudimos negarnos a descubrir qué escondía* Historia de un homicidio, *la novela perdida de Ernst David Kaiser.*

Gracias por ayudarnos a hacer posible esta imposibilidad, Teresa.

Ginger Ape Books

Nota editorial

Esta edición se ha realizado a partir de una copia al carbón del manuscrito mecanografiado de Ernst Kaiser titulado «Die Geschichte eines Mordes, I. Teil, Das große Haus» [Historia de un homicidio. Primera parte, La casa grande]. El manuscrito consta de 480 páginas. Ingrid Bachér, que fue amiga del autor, se encargó de hacer una esmerada revisión de acuerdo con los deseos de Kaiser, para que resultase «acortado y castigado, de modo que fuese utilizable». La ortografía y puntuación se han modificado en los casos inevitables con relación a los hábitos de lectura actuales; no se han introducido cambios estilísticos.

La copia original del manuscrito se encuentra en el Archivo de Literatura Alemana de Marbach, en los fondos accesibles al público del Departamento de Manuscritos bajo el término de búsqueda «Wilhelm Bausinger».

La fotocopia de la copia manuscrita, en la que se anotan las supresiones, está disponible en la Editorial Ralf Liebe y puede consultarse para trabajos filológicos.

El editor

Introducción

Ingrid Bachér

«La obra entera es una historia clínica, en su mayor parte en forma de monólogo interior, y me parece que nunca se había descrito un caso de locura con tanta precisión y profundidad como aquí. Lo más llamativo es la verosimilitud de esta locura, y puesto que la verosimilitud se consigue con la ayuda de la intuición artística y de un modo de representación artísticamente conciso, bien se puede hablar de una obra de arte», escribió Hermann Broch en 1947 sobre *Historia de un homicidio*, de Ernst Kaiser, en un dictamen para la Fundación Bollingen; llegaba a la conclusión de que «el esquizofrénico podría ser lo normal, por así decirlo, en el mundo futuro». Y, además: «Se mire como se mire, este libro es un producto específico de nuestro mundo actual. Representa a una persona que ha perdido el sentido absoluto de la realidad y que, con creciente honestidad, se da cuenta de ello, y al final eso es suficiente para volverse loco. Recorremos con aire soñador las pocas décadas que nos han sido dadas, y solo nos queda un cierto poder de racionalización que, sin embargo, es insuficiente para establecer un orden fijo. Por el contrario, este poder de racionalización en su aislamiento incontrolado, y por tanto en su hipertrofia, es justo el que sigue disolviendo la visión del mundo.

»Hay que tomarlo al pie de la letra: hemos pasado del espacio euclidiano y newtoniano al de la física moderna, en el cual la morada del hombre se ha convertido en un edificio de relaciones abstractas.»

Hermann Broch reconoció que Herr Kalm, el protagonista de este libro, representa en su aislamiento una posibilidad del ser humano por venir. Y esta novela le era tan importante que se propuso crear una «biblioteca de manuscritos» en donde debía guardarse este manuscrito junto con otros importantes que no podían imprimirse en ese momento. «De lo contrario», escribió, «el manuscrito se perderá tarde o temprano. Y justo es eso lo que hay que evitar».

Pero precisamente eso fue lo que ocurrió. La biblioteca de manuscritos no se fundó. Y no solo este manuscrito, sino todos los escritos de Ernst Kaiser desaparecieron de modo aún inexplicable tras la muerte de su esposa, la escritora y traductora inglesa Eithna Kaiser-Wilkins, que falleció dos años después que él. Ella había estipulado que sus manuscritos debían serme enviados. Pero nunca llegaron y no hubo respuesta a todas las consultas. Hasta que, por fin, tras una larga búsqueda, Mark Nixon, un joven germanista inglés, descubrió una copia del manuscrito *Historia de un homicidio* en los archivos de Marbach. Había llegado allí poco antes con el legado anticipado de un historiador del arte, que incluía también el legado de su hijo, Wilhelm Bausinger, fallecido a temprana edad. También él había sido amigo de los Kaiser y, como ellos, un conocedor de las obras de Robert Musil, a quien no solo había traducido al inglés, sino que había pasado años en Roma escudriñando su patrimonio. En el proceso, Ernst Kaiser demostró ser un apasionado coleccionista de palabras. Cada nota podía despertar su curiosidad, cada formulación podía abrir la posibilidad de una interpretación diferente del texto. Se tomaba en serio

este juego de significados, que lo unía a Musil. Al mismo tiempo, siguió escribiendo relatos en alemán, relatos abismales, pero apenas se preocupó por su publicación; nunca más volvió a vivir en un país de habla alemana.

Había escapado del Holocausto en los años treinta huyendo de Austria a Inglaterra, había vivido la guerra como soldado y, bajo la impresión de estas experiencias, creó el personaje del señor Kalm, para quien la realidad en su monstruosa aberración ya no es comprensible, multiplica sus miedos y fantasías y él ya no puede estar seguro de sí mismo. Porque nada es lo que es para él cuando lo piensa de otra manera. En medio de su riqueza aparece como una figura artificial, atado por las circunstancias en que vive, imbuido en un frío ceremonial, rodeado de figuras de espejo. Soñando con la violencia, intenta salir de su aislamiento y se adentra así en la historia de los agresores y las víctimas. Sigue siendo un espectador y, sin embargo, se siente como un actor, pues los ojos acompañan al hecho. Intachable desde el punto de vista legal, quiere haber cometido un crimen para abrirse paso en la realidad.

Una historia como la podrían haber inventado los románticos, pero aquí en un corsé artificial como una representación escénica, cuyo decorado recuerda las formas pictóricas fragmentadas de los expresionistas y lo irreconocible de los campos bombardeados.

Al final, Kalm acepta la locura y la insensatez en la que nos instalamos.

Ernst Kaiser no llegó a revisar este manuscrito para su publicación.

He tratado de intervenir lo menos posible en el texto y solo lo he hecho cuando he creído que facilitaba la comprensión. Hay que agradecer a Helmut Braun y al editor Ralf Liebe que esta novela pueda aparecer por fin después de tanto tiempo. ¡Que halle muchos lectores! El señor Kalm es uno de nosotros. Vive en un espacio ficticio, en tiempos de guerras reales.

Historia de un homicidio
(La casa grande)

Kalm se incorpora en su cama.

Estaba sumido en plena introspección y esa contemplación de sí mismo fue como si una mano lo cogiese y lo levantase de las profundidades del lecho de brumoso calor, y de aquellas honduras aún más insondables del Yo desnudo en las regiones desoladas y crepusculares de una existencia muy indefensa. Como si una mano quisiera rescatarlo y devolverlo al seno de su personalidad para dejar surgir de nuevo lo que había sido olvidado: Kalm.

Casi al mismo tiempo se oye un chirrido y un penetrante rayo de luz fría recorre su rostro.

Las estridencias y el golpe luminoso y aquel tirón que parece accionado por una mano desde arriba le dan la sensación de que algo hubiese respirado con mucho ímpetu y le hubiera soplado ese aliento a la cara.

Kalm siente aún aquel hálito y continúa sentado y erguido y espera. Si solo pudiera saberse qué es eso que acaba de ser. Pero nunca se sabe. Uno regresa y vuelve a ensimismarse y es de nuevo uno mismo.

Es una lucha corta, con el alma pendida de un hilo, virulenta, como combatir un peligro mortal, o como cruzar a nado un tubo largo y oscuro repleto de agua y a la vez plagado de miedo y espasmos y con la posibilidad inexorable de quedarse atrapado.

Se oyen alejarse pasos quedos, cautelosos. Kalm sabe que es su ayuda de cámara, de modo que son las once de la mañana. Eran las tres de la madrugada cuando se acostó y el cometido permanente de ese hombre es despertarlo tras ocho horas de sueño.

Ocho horas —un tercio del día— son un tercio de la vida si tal división del tiempo perdura. Y ¿hay razón para suponer que no perdure?

Si tan solo uno pudiera saber qué acaba de ocurrir y dónde, quizás también sabría aquello.

Es un tercio de la vida que transcurre por su cuenta, fuera de todo control, en algún lugar donde cesa toda influencia del señor Kalm y no suele haber nadie con ese nombre que sea lo que el señor Kalm era en los otros dos tercios.

En realidad, uno debería temer no encontrar el camino de vuelta un día, que una vez no funcione ese violento y jadeante meterse de nuevo en la propia piel y entonces…

Y entonces ¿qué? Si tuviese tal temor estaría obligado a permanecer despierto. Y a ocuparse de ello como se ocupa de que se descorran las cortinas de la ventana y de que llegue de fuera el aliento, que hasta ahora siempre ha llegado con uno mismo como exhalado desde la gran luz y soplado al interior del cuerpo, que a su vez se yergue al instante desde la brumosa calidez y se sienta rígido y fija la mirada frente a sí mientras, con creciente alivio, escucha desvanecerse el repiqueteo de los pasos de los criados.

Kalm continúa sentado y erguido. Cierran la puerta con cuidado y ahora está solo. En algún punto lejano, un reloj de torre atrasado da once campanadas.

Escucha los latidos de su corazón hasta sentir un leve escalofrío. No puede ser el frío, la calefacción de vapor mantiene siempre caliente su espaciosa casa. Es la sensación de que su Yo se levanta de nuevo, y eso lo hace temblar.

Aquí late con fuerza un corazón, con palpitaciones rápidas y no del todo regulares, e impulsa la sangre y se nutre de ella.

Pero este corazón no es el Yo. ¿O qué influencia tiene Kalm sobre los latidos de este corazón, el señor Kalm, a quien le basta con pulsar un timbre para que un criado desplace su voluntad por esta casa?

Está aquí, late, impulsa la sangre por el cuerpo y este cuerpo depende del trabajo de su corazón. Si uno reflexiona sobre ello, ¿cómo puede soportarlo?, piensa Kalm. ¿Cómo puede uno soportar ser por completo dependiente de algo y por completo impotente, sin posibilidad alguna de dominar ese algo?

El cuerpo al que pertenece este corazón aún sigue sentado en su lecho, algo inclinado hacia delante. Se sienta así porque este corazón aún late dentro de él. Si no palpitase, yacería rígido, con las manos quizás apretando la seda del cubrecama. Podrá ser así la vez en que no se produzca este retorno, cuando el Yo no consiga solventar el camino violento y doloroso, no logre abrirse paso a través de esa estrechez gris y sin aire en la que está sumergido y deba permanecer en algún lugar. En algún lugar…

«Yo», ha dicho en voz alta. Y de nuevo «Yo». Lo que sale de esa boca son solo sonidos, ahora sonidos ajenos, y nada de eso es el Yo, ni siquiera los sonidos que formaron la

palabra. Es un cuerpo cerrado alrededor de lo innombrable. Pero él mismo no es el cuerpo.

Los pasos sigilosos recorren la casa y evidencian que la mantienen con vida.

Y la cama es grande, y podría uno recostarse, y cerrar los ojos y estar en silencio, inmerso en el calor y olor corporales. Pero uno no hace tal cosa, uno deja de pensar; y por eso es Kalm quien empieza a pensar. Y es Kalm quien alarga la mano y halla un espejo, uno pequeño y redondo, de bolsillo, y quien atisba, curioso, como si se asomase por vez primera al rostro de Kalm.

Una incipiente barba oscura sobresale punzante de la piel, y los párpados están enrojecidos y contrastan de modo llamativo con las profundas sombras que habitan las cuencas de los ojos.

Cuán largo y anguloso es el rostro, y cuán dura la boca, comprimida con malicia, taciturna, y sin embargo con un sutil y constante crispamiento en las comisuras que recuerda el llanto contenido.

Examina la cara con suma atención, se detiene un poco en los ojos y luego recorre la alta y blanca protuberancia de la frente, que se ensancha con ángulos profundos hasta desembocar como caminos en el cabello oscuro, de incipientes canas.

Si se queda uno mirando así largo rato, un velo parece extenderse sobre los ojos: difumina poco a poco los contornos y se ve cómo cae la carne de las mejillas formando bolsas y los ojos se vuelven agujeros negros. Todo se encoge y se convierte en grises huesos y adopta un gris más intenso aún, gris

total, parpadeante, crispado, hasta que la luz incide de nuevo y permite a las viejas formas volver al punto de partida.

Puede repetirse el juego hasta que duelan los ojos y las manos tiemblen de sujetar el espejo.

A veces a uno le sale al encuentro un rostro ajeno; y uno se asusta, se ha percatado de pronto de que un extraño mira a través de ese cristal, como por una ventana, y observa con frialdad y atención lo que uno hace.

Luego se deja al espejo hundirse otra vez, como ahora. Pero no siente el alivio que solía. Hay algo diferente, muy diferente a lo habitual.

—El hombre extraño está aquí, sentado en esta cama. Es un hombre extraño el que me tiene aquí encerrado — dice Kalm.

Aferra el espejo con ambas manos y lo cubre.

Cuán grande es la habitación, y su cama, y cómo la espléndida luz entra por la ventana a raudales.

Kalm se estremece. ¿A qué viene todo esto? ¿Qué diablos ha pasado? ¿Qué hace a este día distinto de los otros?

Debo de haber estado soñando, piensa. Y he seguido soñando con los ojos abiertos, sentado y erguido en la cama.

Yo —pero el que está aquí es Kalm—, y no puede ser, yo debo recomponerme, tomar una decisión. Me ha sucedido algo que no encaja con Kalm, sobre lo que Kalm no puede tomar partido. Pero ¿qué es?

Se da una segunda sacudida; ahora consigue sentir que es Kalm, como si lo fuese solo a partir de este instante.

Sigue sentado y vuelve a sentir su corazón latir, y debajo de él, entre el estómago y el vientre, lo siente contraerse

como cuerdas que se tensaran en torno a la carne viva. Y mientras sus oídos oyen la intermitencia amortiguada de unos pasos y su cerebro registra que le llevan el desayuno como a diario, se encorva bajo el espasmo de un miedo cuyo motivo es incapaz de entender.

Abren la puerta de par en par y empujan la mesa rodante. Colocan la bandeja con mantel blanco sobre la cama. Manipulan los cubiertos y vajilla con habilidad y sin hacer ruido y al hacerlo fijan la mirada en él.

¿Qué están haciendo? ¿Y a santo de qué le clavan la mirada?

¿Y por qué hacen todo eso mientras le clavan la mirada? ¿Qué tienen que decir y no dicen? ¿Qué ocultan, y mal, bajo el silencio que cierra sus bocas de un modo tan fehaciente que los pómulos les atraviesan las mejillas, como si de ambos lados de sus rostros saliesen lenguas sarcásticas?

Soy Kalm en pleno proceso de recibir su desayuno diario, se dice. Todo igual que cada día, el ritual cotidiano.

No. Hay algo distinto, muy distinto. Pero ¿dónde está lo distinto, qué es? ¿Qué pasa cuando las cosas se suceden como siempre y, sin embargo, son distintas?

¿Qué es lo que ocurre, siempre, la vida entera, sino justo aquello que experimentamos con nuestros sentidos? Y no se sabe qué es. Se ve, se oye, se toca, se huele, se paladea, y lo que es para uno está en uno. Pero no se sabe en sí qué es. Así que bien puede decirse: si lo que uno reconoce como lo constante y antiguo ahora parece haberse convertido en algo nuevo y diferente, entonces lo otro, lo cambiado, debe buscarse en uno mismo.

Se podría decir: me he vuelto diferente, me he convertido en Otro. Pero eso ya se ha notado desde hace tiempo. Y uno solo dice de nuevo que un hombre extraño se sienta en esta cama y que, al sentarse, lo arroja a la gran multitud de cosas, lo arroja al mundo entero, el cual uno capta solo en la medida en que lo vive en carne propia a través de cada uno de sus sentidos, y del mismo modo también abandona los sentidos y se queda solo, mudo, ciego, un Yo sin nombre que no capta nada ni puede experimentar nada, indefenso, inmóvil y desvalido, sin el hombre extraño que está aquí con uno. En ese punto solo es posible un derrumbe a regiones oscuras, donde el ojo y el oído ya no son capaces de percibir nada y la boca no puede describir lo que le ocurre a quien está sin ojos, sin oídos y sin boca.

Kalm retrocede ante el plato de plata cubierto que se le pone delante, y lo hace con tal violencia que la bandeja por poco no se cae.

Un asco asfixiante se apodera de él. Con su limpieza y su orden las cosas son como punzadas, la plata y la porcelana y el cristal emiten un parpadeo y un destello que es como una sonrisa y una afirmación: Nosotros somos como siempre somos y lo que es diferente es lo Otro en ti.

Café y leche y miel y la mantequilla dispuesta en bolitas amarillas y el pan en finas rebanadas blancas: estas son las cosas de siempre. Y bajo la reluciente campana de plata, un trozo de carne, exhalando vapor y aún empapado de sangre. Humeante de sangre fresca.

El asco se asienta en su garganta como una gran bola que lo asfixia. Kalm lucha por respirar, jadea, traga, se traga al

fin la bola de asfixia y siente el aliento rechinar y despedir un sonido metálico por su garganta. Siente todos los nervios de su cuerpo como cables tensos y vibrantes, cables que brillan, cables que zumban, se balancean, que cantan, calientes, tan calientes que queman la carne: carne quemante y traspasada por cables, carne impregnada de sangre y humeante.

Estira los brazos, los extiende, rígidos, en el aire y grita:

—¡Fuera! ¡Todo fuera!

Entonces se llevan de nuevo la bandeja con los platos y hacen rodar la mesa hacia atrás para salir de la habitación, y el golpeteo amortiguado de sus pasos se hace más silencioso y desaparece, y la puerta vuelve a cerrarse. Solo sus miradas impertérritas siguen en la habitación, colgando opresiva y agónicamente en el aire, como ojos que se hubieran desprendido de sus soportes.

Kalm permanece sentado, inmóvil, y siente una fatiga poblada de leves náuseas; pero hay algo más detrás de ello, algo muy diferente. Preso del asombro, se da cuenta de que ha hecho algo por completo fuera de lo común.

Ha sucedido algo que hace que resulte imposible seguir adoptando una posición pasiva frente a Kalm y esperar, aunque la espera esté llena de irritabilidad e impaciencia por saber qué va a hacer Kalm consigo mismo. Pues lo ocurrido ha involucrado la vida cotidiana de Kalm y ha cambiado algo. Ha trastocado la agenda. Y por último comprende, con una sensación de asfixia, que es responsable de cuanto suceda con Kalm a partir de ahora.

Según registra el cerebro, en este momento debería ser perceptible un murmullo. Debería. No lo es.

El agua para el baño del señor Kalm, que ahora tendría que fluir, ser un fluido audible, no fluye. Toca darse el baño después del desayuno, y el desayuno no ha tenido lugar; en consecuencia, tampoco corresponde un baño. Los sirvientes están de pie en algún lado, juntos de espaldas forman un conjunto, con las cabezas inclinadas hacia el grupo, susurrando, conjeturando y sin ninguna conclusión sobre lo que va a suceder.

Kalm está aislado de su caserón; ha perdido la conexión y no tiene nada más que esta cama, en la que el cuerpo sentado se cansa cada vez más.

Algo debería pasar, este hechizo debería romperse. Pero ¿cómo tendría que hacerse una cosa así?

Aprieta el lino con los dedos de las manos, extendidos, y mantiene el cuerpo rígido como si temiese caerse. Mas la cabeza está descontrolada y se balancea y tambalea y la boca murmura:

—Extraño… un extraño… un extraño.

La cama se encuentra en solitario y en un apartado dormitorio que se hace cada vez más amplio. La casa, con sus numerosas habitaciones, se aleja, retrocede, yace rígida y sin vida como un insecto que se finge muerto para eludir el peligro.

Y entonces oye en su entorno voces de sirvientes en susurros y murmullos.

Llegan como el viento, en ráfagas, y vuelven a inundar, desaparecen, regresan, con un ritmo tortuoso.

—Inaudito… Inaudito… Inaudito…

Ahora reina el silencio.

Sí, ha ocurrido algo inaudito, Kalm también lo siente. Al cabo de una noche, Kalm ha dejado de ser Kalm; el proceso de despertar se ha atascado. Y aquí en esta cama está sentado un cuerpo indefenso que por sí solo no puede ser Kalm, y aquí hay otro Yo que tampoco puede ser Kalm o no quiere serlo.

¿Quién está pensando aquí? ¿Quién es? Aquí tendría que estar Kalm, el señor Kalm, quien debería haberse metido en esta cama para dormir, y ahora levantarse de la cama descansado. Pero no es así. La transición no se ha producido, la conexión no ha tenido éxito, y aquí se encuentran dos mitades indefensas, perdidas en una inmensa casa que se hace cada vez más espaciosa y distante y ajena. Y le llegan de nuevo como ráfagas de un viento arrasador, que penetra adonde está él desde todas las habitaciones de la casa, posicionadas a su alrededor como las células de un cuerpo vivo.

El señor Kalm está ahora por completo rígido y tenso. Este roce de vida ajena, una vida sin equívoco ajena que sale aquí a la luz y se presenta con plena conciencia contra él, lo incorpora y hace menos palpable la división. Él es ahora como dos personas que están encadenadas por un mismo suceso y han de soportar mutuamente lo que ocurre.

El susurro se ha convertido en un grito rítmico, una especie de canto, que se va acercando y haciéndose más intenso. Y las pisadas cautelosas y quedas se han trocado en ruidosos pasos marciales, audaces y desafiantes.

Se oyen retumbar desde la gran escalera, de todas partes resuenan marchas y cantos. A un ritmo amenazador, llegan vibrantes desde los trancos: «In-au-di-to… In-au-di-to…

In-au-di-to…».

El señor Kalm escucha embargado de temor.

Aquí está la cama, aquí tendría que reinar el silencio; pero ya no hay más silencio. Solo las múltiples voces que penetran puertas y paredes: «In-au-di-to… In-au-di-to…».

Repercuten gritos de guerra en la casa. Y las trancadas se aproximan, cada vez están más cerca.

Es como si uno fuera a ser arrancado con violencia de su cama, extirpado de entre sábanas blancas desgarradas y almohadas voladoras que se rajan a alaridos, abren grandes bocas negras y escupen plumas que se arremolinan por el aire como copos. Es como si uno se tambaleara en el caos emergente, tropezando con torpeza, casi cayendo, indefenso, apenas en camisa, desprovisto de cualquier actitud que emanara de la posición y la dignidad y que ahora se ha desgarrado como las sábanas y las almohadas. Y uno está cegado por un desconcertante terror.

Pero es solo el corazón el que tropieza aquí, con palpitaciones confusas, como si intentara escapar de los pasos, de las voces, sin poder hacerlo. Este corazón arremete en torno suyo con sus latidos como un pájaro asustado que bate sus alas contra los barrotes de su jaula.

Y entonces brota el grito, un estridente alarido de pájaro. Es el chillido de una sacudida ardiente en lo más profundo del cuerpo, como podría gritar un pájaro; y, como el pájaro, al final vuelve a la quietud y tiembla apenas sin hacer ruido.

Es el momento en que las puertas de ala se abren de un empujón.

Por la amplia abertura, el frío salta en la habitación, salta sobre Kalm y lo sujeta. El frío es una colosal lengua invisible que le acaricia el cuerpo. Y es gélido y áspero y suscita febriles temblores en donde se posa. La piel se crispa como si temiese la presencia de unas fauces invisibles detrás de esta lengua y de la mordedura de dientes congelados. Se tensa y se contrae con firmeza en nudos pequeños y duros; y riachuelos helados la recorren como fría saliva.

Hay que protegerse, piensa Kalm y, con los dedos rígidos, tira de las mantas que lo rodean.

Quisiera preguntar: Pero ¿quién ha podido dejar entrar esta lengua? Sin embargo, un calambre sacude sus mandíbulas y sus manos revuelven las mantas sin conseguir asirlas y se enganchan como anzuelos en la seda y se desgarran en el intento.

Protegerse, protegerse, piensa, una idea febril que sus estremecidos labios rompen y convierten en algo fragmentario, como el tartamudeo de las medias palabras. Otea la habitación detrás de la puerta abierta.

Es una sala blanca y circular con muchas puertas pequeñas revestidas de espejos.

Vestidor, vestuario, guardarropa, piensa. Ropa, mucha ropa detrás de todas las puertas que cierran armarios.

¿Dónde está mi vestuario?, quisiera preguntar en tono enérgico.

Pero qué significa eso, un vestuario. No se puede pedir aquello con estas palabras; y la palabra vestuario le parece bastante llana. Lo que se ha de pedir es ropa, determinada ropa y cuanto conlleva, si uno no quiere que le traigan ropa

para cien cuerpos, ahora que ni siquiera tiene ni domina un solo cuerpo para embutirlo en chaqueta y pantalones.

Sus manos siguen tirando de las mantas, que se deslizan hacia abajo sin cesar, y además está la lucha con la lengua húmeda y fría que quiere enroscarse alrededor de su cuerpo como un gusano.

Entonces por fin ha logrado envolverse y ahora tiene una de las mantas puesta sobre la cabeza como una capucha, de modo que una esquina le cae en la cara y le impide la visión. Respira aliviado y siente cómo los pequeños nudos de la piel se aflojan y se calientan y, en un repentino cambio de calor y humedad, se convierten en minúsculas gotas que resbalan por su cuerpo.

Con una mano calentada, se aparta la manta de la cara y ve las muchas caras que hay en la sala redonda y los ojos llenos de curiosidad que lo observan sin parpadear tras el umbral. No atina a ningún movimiento para hacer despejar la sala. Ni la extrañeza ni la vergüenza de la situación penetran en su conciencia. Tampoco lo conmueve la amenaza de una multitud que ha entrado con vehemencia y signos de fuerte indignación, no le suscita sino un débil asombro.

Ni siquiera un atisbo de vergüenza. Por tanto, no emprende ninguna acción apropiada para la situación. Es tal su quietud interior, que parece que un anestésico hubiera paralizado sus nervios. Es como podría sentirse una persona en una mesa de operaciones: calmada por la inyección de morfina y con una asombrosa insensibilidad al primer corte y luego asombrada por el asombro que implica la au-

sencia de dolor. De todo ello surge una extraña suerte de tranquilidad falaz, una sosegada impresión de emoción y una excitación plena de curiosidad, que raya en regocijo, un arrojo muy pasivo y pueril.

Y, por encima de todo, está el sentimiento de curiosidad. Crece y se dirige hacia un objetivo determinado y se aferra a él, exige toda su atención en esa dirección.

Kalm quisiera averiguar cuántas personas hay en aquella sala redonda.

Empieza a contar, al principio sin percatarse de lo que cuenta, como si no fueran rostros que conoce, sino simples rostros que debe contar. Uno, dos, tres, cuatro… Pero no llega lejos. Los espejos atrapan las figuras que perfilan las caras, las lanzan entre sí de manera entrecruzada y distorsionan el espacio al convertirlo en un algo desfigurado e inconmensurable, aumentan el número de caras y exasperan e impiden saber con certeza qué es un reflejo del espejo y qué una figura. Kalm interrumpe su propósito, se divierte con discreción, por poco no ríe.

Pero reprime su risa, advertido por la sensación de que tal expresión de talante pueda ser inadmisible; y sospecha que otros sentimientos podrían seguir a gran velocidad. Y como para eludir cualquier decisión, empieza a contar de nuevo y vuelve a trabarse en la masa de cifras que no puede abarcar ni ordenar. Una imagen reflejada en el espejo, no, un ser humano, o tal vez sí, tal vez un espejo con la imagen de un ser humano reflejada en él y con un espejo detrás, que proyecta la imagen de un ser humano, quien de nuevo tiene un espejo en él, en el cual hay un espejo con una imagen

reflejada. Y así de continuo, hacia lo infinito e imposible, por todos lados, personas en espejos y espejos en espejos y de nuevo personas y otra vez espejos.

Los haces de luz que se refractan dentro y fuera de las gafas y bailan por la habitación generan un parpadeo que hinca la vista. Las personas crecen en los espejos y se multiplican de una manera sobrenatural. ¿O son los espejos los que crecen en el espacio, todos ellos solo espejos y todo solo reflejos de lo inexistente?

Todo esto con certeza no es como es; pues tal como es no puede ser. Esto queda demostrado por el hecho de ser así. Él lo siente con la alegre lógica de la embriaguez, lo reconoce y, sin embargo, no puede verlo de otro modo; por tanto, deja que prime la lógica distendida de aquel estado de cosas.

Escucha palabras y las palabras se desdibujan en un murmullo. ¿Cuántos hablan aquí? Solo puede hablar quien esté aquí de forma real. Pero ¿quién sabe quién está aquí en realidad y en persona? ¿Podría uno quizás contar las voces? ¿O son también engañosas y a su vez se reflejan entre sí y aumentan hasta el infinito?

Llegan a sus oídos palabras sin sentido, al igual que carecen de él las imágenes que saltan a sus ojos. Y oídos y ojos se inundan de sensaciones, y todo se convierte en sonido e imagen, inconcebible e imparable como las olas. Es un ir y venir, un baile zigzagueante, un vaivén que lo captura a él y captura la cama que tiene debajo, de modo que también se balancea, como un bote amarrado, en medio de un torrente de formas y voces, atadas a una orilla que a Kalm le resulta ajena.

El autor

Ernst David Kaiser, traductor y escritor, descendiente de una familia de comerciantes judíos, nació en Viena en 1911. Pasó sus primeros años en la capital austriaca, donde completó el servicio militar y estudió Lengua y Literatura Alemanas. Previo a doctorarse, tras la anexión de Austria por el Reich alemán en 1938, Kaiser, como tantos otros de sus compatriotas, especialmente judíos, tuvo que huir y exiliarse. Tomó entonces por destino Inglaterra, embarcando en un puerto polaco rumbo a Southhampton. En 1941 se casó con Eithne Wilkins, germanista, traductora y poetisa neozelandesa, docente en la Universidad de Londres. Obtuvo la ciudadanía inglesa y se alistó voluntario en el ejército británico, donde sirvió durante casi seis años. De esta experiencia, más tarde diría que «luchó contra Alemania por Alemania».

Publicó su primer libro, *Schattenmann* (El hombre de la sombra), en 1946, en la editorial Hans Duve de Hamburgo, ciudad en la que entonces ejercía como intérprete, todavía en servicio activo en el ejército. En 1947, ya en Londres, intentó sin éxito publicar su novela *Historia de un homicidio*, un exigente ejercicio literario de más de 1000 páginas bien diferenciado en dos partes. Ante las insistentes negativas, el afamado escritor Hermann Broch, que terció incansable por su publicación, se propuso crear una biblioteca donde preservar todos aquellos manuscritos que, por razones totalmente ajenas a lo literario, era imposible publicar en aquellos momentos. «De lo contrario, el manuscrito se perderá tarde o temprano. Y es justo eso lo que hay que evitar». Junto con su esposa, se destacaron como traductores de prestigio: la sociedad Kaiser-Wilkins vertió al inglés las obras de los más prestigiosos escritores en lengua alemana de su tiempo, entre los que se contaban Robert Musil (a quien consagraron el ensayo *Robert Musil: Eine Einführung in das*

Werk), Franz Kafka, Ingeborg Bachmann, Lion Feuchtwanger u Oskar Kokoscha.

Ernst Kaiser falleció en Reading, Gran Bretaña, el 1 de enero de 1972. Dos años después le seguiría Eithne Kaiser-Wilkins. La mayor parte de sus manuscritos se perdió tras su muerte. Afortunadamente, en 2004 se encontró un ejemplar de *Historia de un homicidio* como parte de un legado depositado en el Archivo de Literatura Alemana de Marbach, que la editorial Ralf Liebe publicó con título homónimo en 2010 (con la primera parte, «La casa grande»). El resto del archivo literario recuperado de Kaiser cuenta con abundante correspondencia, manuscritos inéditos y la segunda parte de *Historia de un homicidio* («La casa blanca»), y se encuentra actualmente bajo custodia de una sobrina de Eithne Wilkins en Londres.

El mosaico de Europa: reinos desaparecidos

Historia de un homicidio es el cuarto y último título de la colección «El mosaico de Europa: reinos desaparecidos», cofinanciada por el Programa Europa Creativa de la Unión Europea, dentro del marco de ayuda a los proyectos de traducción literaria 2020.

El proyecto defiende la idea de una tradición literaria común, basada en la conciencia de lo que significa ser europeos, y otorga la mayor de las importancias al bagaje aportado por las minorías y, en especial, a su riqueza lingüística. Pretende llamar la atención sobre la fina, cuando no invisible línea existente entre las fronteras geográficas, históricas y políticas, entre cultura e identidades nacionales, entre pasado y presente, y poner de manifiesto cómo la memoria escrita, distinguida fundamentalmente en las obras de ficción, puede llegar a convertirse en patria común de los europeos, un lugar donde refugiarse de las veleidades de los Estados, siempre sujetos a la frontera ineludible del tiempo.

El resto de libros que integran la colección son: *La épica de las estrellas matutinas* de Rudi Erebara, *Mago* de Magdalena Parys y *El médico de la prisión* de Ernst Weiss.